

EL SÁBADO

124 (1073)
ARAFAT
EL LÍDER EN SU LABERINTO
DRAMATURGAS CHILENAS
LA NUEVA GENERACIÓN

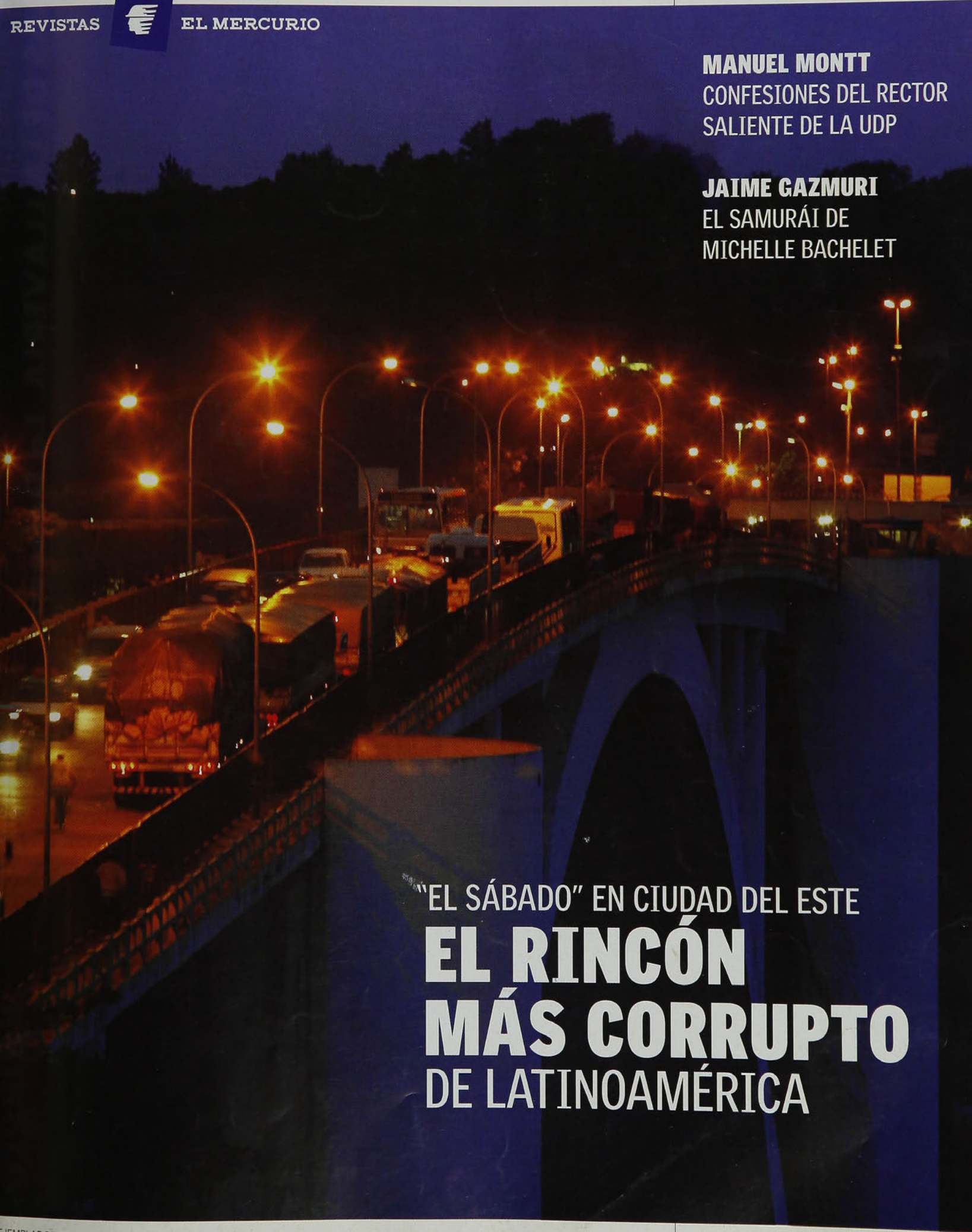
REVISTAS



EL MERCURIO

MANUEL MONTT
CONFESIONES DEL RECTOR
SALIENTE DE LA UDP

JAIME GAZMURI
EL SAMURÁI DE
MICHELLE BACHELET



"EL SÁBADO" EN CIUDAD DEL ESTE
EL RINCÓN
MÁS CORRUPTO
DE LATINOAMÉRICA



EL TEATRO LO ESCRIBEN LAS MUJERES

Andrea Moro
y su compañía

LAS NUEVAS DRAMATURGAS

TIENEN MENOS DE 30 AÑOS, ESTUDIARON PARA ACTRICES, Y TERMINARON CAUTIVADAS POR LA DRAMATURGIA. NO LES INTERESAN LOS "GRANDES TEMAS" NI LEVANTAN BANDERAS FEMINISTAS, PERO MUESTRAN SU VOZ PERSONAL. CRIADAS AL ALERO DE TALLERES Y MAESTROS, ESTA NUEVA Y TALENTOSA CAMADA PROMETE LA RENOVACIÓN DE LAS TABLAS. SIN RETROCEDER. SIN CONFORMARSE. Por: **MARCELA ESCOBAR Q.** Fotos: **VIVIANA MORALES**

La conversación terminó. La grabadora está apagada, pero Ana María Harcha tiene en mente una última sentencia. Un primer plano de su cara mostraría en este minuto su rostro iluminado, sus ojos de pícaro, su frustración: ella no sabe cómo diablos encender esta máquina. Se las ingenia. No es gran cosa manejar una grabadora. Lo consigue. Aprieta *rec* y dice: "Tengo mi frase para el bronce". Se concentra, ella es actriz y sabe cómo darles carne a sus parlamentos. Entonces lanza una sentencia como si hablara con puras mayúsculas: "Hay que hacer el teatro que queremos ver, y no el que nos dijeron".

Aprieta *stop*. Una sonrisa de satisfacción indica que no tiene nada más que decir.

Ana María Harcha es actriz y dramaturga. Últimamente, más dramaturga que actriz. Tiene pies pequeños, usa zapatos rojos y no mide más de un metro 60, pero lo suyo es una gran empresa. Un nuevo teatro. Un teatro joven, aunque a ella le molesten las etiquetas. Harcha no anda con ningún cartel que diga "soy dramaturga, soy joven, soy mujer", pero es un hecho que forma parte de una generación que escribe para el teatro y que no supera la treintena. Que quieren ver sus textos sobre las tablas, tal vez porque la mayoría son actores. Y dentro de este movimiento, ellas se hacen notar. Con ganas. Como las de Ana.

Hacía rato que no se hablaba de mujeres escribiendo teatro en Chile. Desde María Asunción Requena, autora de *Pan caliente, Chiloé cielos cubiertos, Homo chilensis*. Desde Isidora Aguirre, la que escribió *Las tres pascualas* y el súper éxito de todos los tiempos: *La pérgola de las flores*. ¿Qué pasó para que estemos hablando ahora de Ana Harcha, Francisca Bernardi, Andrea Moro, Lucía de la Maza, Manuela Infante y varias más?

El crítico Pedro Labra tiene una respuesta. Dice que hace diez años comenzó un movimiento de expresión, impulsado por los talleres de dramaturgia que dictaban Marco Antonio de la Parra, Benjamín Galemiri y Juan Radrigán, escritores curtidos en esto de la escritura para las tablas. Y entre los aprendices, había varias mujeres.

Labra las clasifica. Dice que unas cultivan un teatro más realista, como Daniela Lillo, Andrea Moro, María José Galleguillos. Otras suscriben a "la nueva dramaturgia", corriente del teatro posmoderno cultivada por franceses, alemanes y españoles. "El texto tiene vida propia", explica Labra, "a veces no hay personajes ni acotaciones. El director crea una situación que sólo puede existir en el escenario".

Las que siguen esa línea son definidas "las chicas difíciles, las complicadas, las vehe-

mentes". Casi todas egresadas de la Universidad Católica, como Lucía de la Maza, Ana María Harcha, Francisca Bernardi, a las que se suma Manuela Infante, creadora de la polémica *Prat*, quien estudió en la Universidad de Chile. Con una postura radical, según el crítico: "Tienen una actitud contestataria. Dicen que van a encontrar el verdadero teatro, que el realismo es para espectadores domesticados, que hay que partir de cero".

A la hora de escribir, no tienen consideraciones de género. El feminismo es cuestión vieja. Que haya tantas mujeres escribiendo teatro les parece casualidad.

No así a Benjamín Galemiri, quien las conoce a todas porque la mayoría pasó por sus talleres de dramaturgia: "Las mujeres, en general, son mejores alumnas. Una alumna que tiene muchas ganas de escribir, pero que tiene miedo, igual se atreve a jugar. Es más corajuda que el hombre, sabe que los niveles de exposición, a la larga, le van a mitigar dolores".

Las que aquí presentamos son las cinco dramaturgas más promisorias de esta generación sub 30, las destacadas por los consagrados, los críticos y periodistas del medio. Cinco propuestas. Cinco mujeres que comenzaron a escribir a los veintitantos y que no han parado. Que tienen una obra en cartelera o están a punto de estrenar. Que han sido éxito de taquilla o alabadas por su lucidez. Que integran sus propias compañías.

Que parten de cero.

Que parten, que es lo importante.

LOS OJOS EN LA INFANCIA

En la sala de teatro Lastarria 90 no tienen boletería. En una mesa, los miembros del Teatro de La Ceniza revisan las reservas. Felipe Braun, uno de los dueños del teatro, está sentado al lado de una muchacha rubia, que parece una adolescente. Es Andrea Moro, la autora de *La escalera* que se presenta esa noche. Un montaje elogiado por la actuación y la lucidez del texto. Pedro Labra no dudó en nombrarla como una de las dramaturgas jóvenes más promisorias por esta creación "realista con visos oníricos, maravillosamente actuada. Una obra de impresionante calidad".

Ella dice que lo suyo no es un don, sino puro esfuerzo. Que tiene un maestro, Benjamín Galemiri, al que le agradece el impulso, el desafío. Él define así a su discípula: "Su escritura es punzante, sus obras presentan dilemas morales de mucha introspección".

En *La escalera*, dos hermanos planean la forma de deshacerse de su madre. Están escondidos en el subterráneo de la casa, su padre ha muerto, el espectador sospecha que

la madre es responsable de esa pérdida. Andrea Moro pone su mirada en una infancia dañada, que sufre abandono y soledad. Lo justifica: "Trato de entender los comportamientos humanos. Estamos determinados por la infancia. Todo lo que pasa en el mundo es producto de lo que uno fue en su niñez".

Comenzó a escribir cuando se aburrió de los montajes que estaba viendo, esas obras "súper elitistas". No es ésa la función del teatro, dice. Éste tiene que delatar lo que pasa en la sociedad. Contar historias.

Andrea trabajó junto a Raúl Osorio en la adaptación para teatro de la novela *Hijo de la drón*. Osorio, en esa oportunidad, no escatimó elogios. *La escalera* es su segunda obra personal. Para la primera, *No soy la novia*, esperó un año y medio antes de montarla. Junto a su compañía golpeó muchas puertas; nadie apostaba por una chiquilla que tiene apenas 24 años, que estudió teatro en la Universidad Finis Terrae, que parece frágil.

No usó, ni esa vez ni ahora, su apellido ni sus contactos para conseguir un espacio. No le gusta. No quiere ser reconocida como la hija del decorador Luis Fernando Moro ni la



LA ÚLTIMA OBRA DE LUCÍA DE LA MAZA HABLA DE UNA TREINTAÑERA EN CRISIS, QUE INVENTA NUEVOS AFECTOS.



hermana de Antonia, la modelo. Y reflexiona, aquí, del hecho de ser quien es: "No me ha restado ni me ha sumado, nunca saqué provecho de eso. Cuando entré a la escuela, tenía la presión de romper con la imagen de la *rucia* bonita, tonta, cuica, más que con ser hija de Luis Fernando Moro. Trataba de demostrar que era más que eso. Lo que ahora soy, y lo que hago, no tiene nada que ver con el lugar del que vengo ni con ser hija de quien soy. Me carga cuando ponen Andrea Moro, hija de, hermana de".

Ella tiene un objetivo: "Modificar una décima al espectador. No puedo cambiar el mundo, pero sí tratar de tocar a esa persona, hacerlo reflexionar, emocionarlo, removerlo".

El escenario de Lastarria 90 se oscurece. No hay actores, sólo la imagen de una mujer que está siendo comida por las ratas. Como si se tratara de un pésimo sueño. Los espectadores están ahí, silenciosos, atentos. Comienzan los aplausos. Es el final. Alguien dice que no sabe si quiere aplaudir, que tiene sentimientos encontrados, que el final es fuerte y triste. Andrea Moro, una hora antes, ofreció un cuaderno abierto a los comentarios para cuando terminara la función. Tal vez para probar si

ANA HARCHA Y FRANCISCA BERNARDI APUESTAN POR UN TEATRO INTUITIVO, SIN DISCURSOS. Y TIENEN ÉXITO.

conmovió a alguien. Cuando se encienden las luces y se abren las puertas, varios preguntan por ese cuaderno. Y escriben. Sin saber, todavía, si corresponde aplaudir o llorar.

EL LENGUAJE ELEGANTE

Sobre el escenario, Lucía de la Maza es la Dani, la mejor amiga de Blanquita, la protagonista de la obra *Color de hormiga*. Una mujer de unos 35 años, que usa botas y mini y cinturón ancho, que sabe cuál es el mejor consejo para terminar la depresión de una soltera de 30: que se compre un buen colchón, grande, mullido, que lo ponga en el suelo, que le tome el gusto. Y las palabras que dice la Dani, esas que escribió Lucía de la Maza —la dramaturga detrás de la actriz— no son sacadas de *Sex and the city*. Es lo que Lucía viene escuchando desde hace rato.

Color de hormiga se presenta en el Galpón 7 y es la última obra de esta escritora, a quien Pedro Labra describe como "la más interesante de esta nueva dramaturgia". Porque siempre "anduvo un paso más adelante" porque tiene "una voz muy femenina". Esta vez, en *Color de hormiga*, Lucía de la Maza sintoniza con el abandono de una treintañera que está sola y que, a ratos, tiene tanta rabia que quisiera matar.

¿Cómo fue que llegó a una historia así? "Escuchando más que viendo", dice ella. Tiene 29 años y pertenece a la generación de actores de la Universidad Católica que egresó en 1997 y que salió a la calle en el minuto mismo en que comenzó el boom de talleres de dramaturgia. Ella asistió a todos.

"Fueron claves para estimular nuestra escritura", dice, "el teatro quedó chico ante nuestra inquietud". Y precisa que éste no es un fenómeno de género: "Pasó en toda nuestra generación. En mi escuela, muy tradicional, surgieron necesidades no cubiertas. Que tienen que ver con renovar el lenguaje".

El suyo habla de la trivialidad de los afectos. Dentro del medio, ha sido criticada por eso. Le han dicho que los dramaturgos jóvenes hacen catarsis personales al escribir, que no les preocupan los "grandes temas".

—Nos han mirado con incredulidad. Recordándonos que lo que hacemos es una experimentación, no un resultado. Nunca nos dije-



Francisca Bernardi

ron "qué bueno tu trabajo". A mí me siguen diciendo que falta. Lo asumo, no busco escribir mi obra maestra todavía. Siempre me he sentido huérfana, he tenido más apoyo de los dramaturgos, de De la Parra y Galemiri, que de las escuelas o de los actores.

Sus más cercanos están en la Asociación de Dramaturgos Nacionales (ADN). Con ellos

ILUMINANDO IGLESIAS AL SUR DEL MUNDO



Este proyecto conjunto de las empresas filiales de Endesa en Latinoamérica ya ha iluminado 18 Iglesias en Chile, dando realce a los monumentos religiosos y rescatando su destacada arquitectura.



ENERSIS



empatiza, pese su propuesta personal.

—Cuando escribí *Color de hormiga* pensaba en cómo se han trivializado los actos de amor. Hacer esta especie de sitcom es la excusa para hablar de lo que observo y vivo. A mi edad, mi madre tenía tres hijas y llevaba diez años casada. Esa diferencia nos hace inventar nuevos modelos para el amor y los afectos.

Sobre el escenario, en *Color de hormiga*, el personaje de Blanquita patalea. No está su madre: está la Dani, la mejor amiga que le aconseja que se busque otro hombre. No está su padre: está Pepe, el amigo gay que quiere cambiarle el look. Es lo que Lucía llama la familia escogida. ¿Coincidencia? ¿Pura ficción? Los codazos y las risas cómplices de los espectadores del Galpón 7 dicen lo contrario.

LA DUPLA DE KINDER

Guardando todas las proporciones, Ana María Harcha y Francisca Bernardi son como Lennon y McCartney para el teatro joven. La dupla que se potencia. Que funciona bien por separado, pero que juntas son éxito. El comentario de todos, para bien o mal. Ana y Francisca escribieron juntas *Kinder*, montaje que estuvo dos años en cartelera y que llenó salas con un público jovencísimo, poco aficionado al teatro, que se rindió ante ellas.

Pese a esto, su trabajo genera discusión. Pedro Labra reconoce que les ha ido bien en cuanto a público, pero mantiene distancia frente a esta propuesta lúdica, que mezcla la infancia con guiños a la cultura del zapping. Lo justifica: "Sus textos son como un diario de vida escolar, eso explica su éxito".

Galemiri, en cambio, las apadrina y las define: "Ana María Harcha es, quizá, la más posmoderna de las escritoras jóvenes. Combina muy bien encrucijadas personales y colectivas. Francisca Bernardi es intensa y certera, tiene una escritura penetrante y lúcida".

Y ellas no entienden por qué su trabajo como dupla llama la atención. Desde que estaban en la escuela de teatro de la Universidad Católica, donde eran inseparables y las llamaban "enanas carreteras". Las dos son pequeñas, divertidas y odian a Dalí. Las dos escriben sin parar y disfrutan del trabajo en conjunto, pero esta vez decidieron dar las entrevistas por separado.

Ana (28) entró a estudiar teatro inconscientemente. Pronto se dio cuenta de que le costaba ser actriz. Quería armar todo el juego. Asistió a los mismos talleres de su generación, pero no se aferró a eso maestros.

—No escribo por el bonito arte de escribir una obra de teatro. Lo hago porque potencia un encuentro con otros, muy concreto. Quie-



ro armar universos con un lenguaje muy personal. Me gusta esta creatividad en tres dimensiones.

Antes de *Kinder*, Ana escribió *Tango y Perro*. Francisca hizo *Llámame, no te arrepentirás* y *Nadia sobre la línea recta*. Después de *Kinder*, Ana escribió *Lulú*, y juntas dirigieron *Norway, today*. Ahora planean escribir, en dupla, un nuevo texto.

Lo que no quiere Francisca Bernardi (29) es defraudar a sus amigos. Con ellos formó la compañía que monta sus obras y las de Ana, los Niño Prodigio Teatro. "Puede sonar a rockero adolescente, pero no me interesa validarme ante nadie más", dice. Sigue: "Lo más importante en teatro, para tener constancia, es pertenecer a un grupo. Tengo más conciencia de grupo que de dupla".

Ana, en tanto, no quiere explicar lo que motiva su trabajo. Dice que no hay discursos, que el teatro se hace. Y recalca: "Sospecho de los que levantan un manifiesto antes de hacer montajes. Hay gente muy buena para hablar de su teatro. Yo no. A mí me gusta esto de hacerse la tonta, de que a una le sale, no más".

Pero no es tonta. Lo sabe. Francisca también. Y es esta última la que da luces acerca de lo que une a la nuevos dramaturgos: "Hay algo que nos empareja como generación. Y es que nunca nos vamos a acomodar".

PELEA CON LA HISTORIA

Manuela Infante tiene rostro de niña pero voz profunda, potente. Una voz personal, que alzó para defender su debut. Tiene 24 años, es actriz y es la autora de *Prat*, la obra de teatro que en 2002 levantó más polémica que espectadores. Allí, sobre el escenario, se presentaba un héroe adolescente, alcohólico, miedoso al lanzarse al abordaje. Por esto, incluso antes del estreno, Manuela enfrentó querellas judiciales, que no prosperaron.

En ese momento, sintió que esa discusión era parcial, más centrada en la figura histórica que en la calidad de la propuesta.

EL NUEVO INTERÉS DE MANUELA INFANTE ES JUANA DE ARCO. DICE QUE SU INTERPRETACIÓN TEATRAL ES TAN VÁLIDA COMO UN LIBRO DE HISTORIA.

"Yo debo entender el *Prat* como lo que fue", dice ahora. "Poca gente la vio y es una pena. Pero lo que pasó puso en el tapete algo que me importa: si asumimos que esa realidad histórica es una realidad objetiva, o entendemos que esa figura existe tantas veces como personas puedan imaginarla".

Las influencias de Manuela no están en el teatro. Primero la motivó Chejov y sus búsquedas actuales están en Humberto Maturana, Francisco Varela, Heidegger. En la filosofía. En los que plantean que el mundo no es una verdad objetiva, que cada cual lo construye, lo interpreta. En su teatro hay de eso. *Prat* fue sólo el principio. Ahora ensaya con su compañía, Teatro de Chile, un nuevo montaje que estrenará en julio: *Juana*, una mirada a la figura de Juana de Arco, "igual de válida que un libro de historia", dice ella. "Una propuesta interesante", evalúa Pedro Labra.

Optó por la dirección y a la escritura, pero Manuela no se siente parte de los dramaturgos jóvenes: "No escriben para la escena. Hay que pensar como actor. La dramaturgia joven todavía se sostiene en lo literario".

No es ésa su propuesta. Ella cree que el texto es sólo uno de los lenguajes del teatro, ese que practica, todos los días, encerrada junto a su compañía en una vieja casona del barrio Independencia. Allí, tiene una pizarra y escribe, con tiza, las palabras "Teatro de Chile". Retoca las letras con los dedos y la muestra. Es la propuesta para su retrato. Es su forma de ser patriota. Quiere tomarse una foto así, levantando esa proclama como una personalísima declaración de principios. S